UN GUANTE ROJO SOBRE EL PASTEL



Cuento de educación para la paz, la tolerancia y la igualdad

Dirigido a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Clara Redondo Sastre
Marisa Babiano Puerto

CEAPA

UN GUANTE ROJO SOBRE EL PASTEL

Cuento de educación para la paz, la tolerancia y la igualdad

Clara Redondo Sastre
Marisa Babiano Puerto

CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DE ALUMNOS

Autoría:
Clara Redondo Sastre

Ilustraciones:
Marisa Babiano Puerto

Coordinan:
Jesús Mª Sánchez Herrero
Nuria Buscató Cancho
Isabel Bellver Vázquez-Dodero

Edita:
CEAPA
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Primera edición:
Diciembre 2013

Maquetación:
IO Sistemas de Comunicación

Imprime:
IO Sistemas de Comunicación
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:
Jesús Mª Sánchez Herrero, Jesús Salido Navarro, Nuria Buscató Cancho, Eusebio Dorta González, Juan Manuel Jiménez Lacalle, José Pascual Molinero Casinos, Elena González Fernández, Carmen Aguado Cabellos, Nieves Natalia García Pérez, Juan Antonio Vilches Vázquez, José Luis Lupiañez Salanova, Emilia Ruiz Acitores, Mustafá Mohamed Mustafá, Ascensión Pinto Serrano, Lois Uxio Taboada Arribe, José Luis Pazos Jiménez, Andrés Pascual Garrido Alfonso, Petra Angeles Palacios Cuesta y Ana Moya Díaz.

Índice

Prólogo	5
Un problema cercano	9
En encuentro	21
Las casualidades	26
El verdadero problema	29
El plan en acción	39
Y llegó el día	43
El final	52

Prólogo

Está bien demostrado que la familia es el primer agente de socialización. Es en la familia donde niños y niñas aprenden valores asociados a la paz, como son la no violencia, la tolerancia, el respeto, la democracia, la solidaridad o la justicia y se definen las actitudes y comportamientos ligados a cómo manejamos nuestras relaciones, que serán la base para fomentar la convivencia, vivir en sociedad y desarrollarse como personas.

La paz no es sólo ausencia de guerras o de conflictos. La paz es un concepto muy amplio, pero no nos equivocamos si decimos que es un espacio de encuentro donde existe la cooperación, la solidaridad, el respeto y el entendimiento entre las personas, sin distinción de raza, sexo, cultura, religión, ideología, o cualquier otro motivo que pueda dar lugar a la división, el rechazo o la incomprensión entre las personas.

Educar para la paz es un proceso que debe de ser continuo y permanente. Aquí los padres y madres juegan un papel fundamental y determinante, ya que a través de sus acciones y comportamientos son transmisores valores y modelos de aprendizaje para los niños y niñas. Solo se puede educar en la tolerancia desde la tolerancia.

Por otro lado, el ocio es otro de los ámbitos de especial relevancia en el proceso de aprendizaje y de socialización de nuestros hijos e hijas.

En este sentido, es importante también que los padres y madres tomen conciencia de la necesidad de implicarse en las actividades de ocio y tiempo libre que desarrollan sus hijos, tanto en lo que se refiere en la elección de con qué jugar, como en la búsqueda de momentos para compartir con ellos tiempos de ocio. De aquí la importancia de no utilizar juegos o juguetes

que reproduzcan roles que inciten a la violencia o discriminación, sino usar aquellos que fomentan conductas positivas y favorecen la creatividad.

El objetivo de este cuento es aportar una herramienta a los padres y madres para reflexionar y debatir con sus hijos e hijas sobre la importancia de tener una cultura de paz, tolerancia e igualdad (contra la violencia, la xenofobia y el racismo), al mismo tiempo que aportamos un recurso educativo para compartir con ellos su espacio de ocio.

Con el objetivo de facilitar su comprensión os ofrecemos una serie de preguntas que podéis formular a vuestros hijos e hijas para favorecer el diálogo y reforzar ideas positivas.

– ¿Qué le ocurre al protagonista del cuento?

– ¿Qué consecuencias tienen las diferentes decisiones que van tomando los personajes del cuento?

– ¿Cómo resuelve el protagonista el conflicto que tiene en el cuento?

– ¿Qué valores nuevos ha aprendido en el desenlace de la historia qué están vinculados a la educación para la paz?

A lo largo de todo el cuento, se producen situaciones que podréis debatir con vuestros hijos e hijas, plantear posibles alternativas y/o soluciones, y en definitiva, compartir un espacio para la reflexión, la crítica constructiva y el diálogo.

Un problema cercano

Gordon es el nombre de guerra de Tristán Alegría. Por eso lo llaman Gordon en el instituto. Gordon entre sus amigos. Gordon en su casa. Y que a nadie se le ocurra llamarlo por su nombre verdadero.

Aquella mañana de otoño, cuando salió del portal, no tenía ni idea de la que se le vendría encima. ¿Qué es eso tan importante que iba a pasar? Tendréis que seguir leyendo para averiguarlo.

Aquella mañana de otoño hacía un frío pelón, y quedaban once horas para la cita. Ya lo sé, os mordéis las uñas por saber a qué cita me refiero. Paciencia. Os lo contaré a su tiempo. Todas las mañanas, antes de irse para el instituto, Gordon pasaba por la tienda de ultramarinos de su padre. (Una tienda de ultramarinos es un lugar en el que se vende de todo: melones, galletas, ja-

món serrano. Cromos, mecheros, botes de cola cao. De todo). Allí le daba los buenos días. «Hola, qué tal, hijo./ Hola, papá. /¿Has dormido bien?/ Sí, bien. Bueno, me tengo que ir./ Adiós, hijo./ Adiós, papá». Cogía algo para comer en el recreo y se marchaba pitando para no llegar tarde a clase. Eso es lo que solía hacer de lunes a viernes.

Pero, pero, pero… llevaba dos meses un poco tontorrón. Lo normal a su edad. El motivo no era otro que le palpitaba el corazón. Le rugía, mejor dicho, por una chica nueva que había venido al barrio, que tenía un pelo negro pero negro hasta la cintura, y unos dientes blanquísimos. Y un no sabía qué en su forma de andar, de moverse y de estarse quieta, como si controlara hasta el más mínimo detalle que sucediera a su alrededor. La había conocido en la plaza de la Carolina, donde se solían reunir todas las tardes los chavales de su edad. Se sentaban en los bancos y hablaban y hablaban y reían y reían.

Alguna vez se habían dicho alguna cosa, nada, tonterías, pero al menos se había enterado de su nombre: Yamilet. Sus amigos la llamaban Yami.

Aquella mañana, cuando llegó a la tienda, su padre andaba refunfuñando. Al parecer, unas personas nuevas habían alquilado el local de enfrente y lo estaban arreglando con la intención de abrir…

—¡Otro ultramarinos! Seguro que no se les ocurre otra idea mejor que abrir una tienda como la nuestra. ¡Estos «panchitos» de los demonios! ¡Qué se queden en su país!

Este era Paco, el padre de Gordon. Estaba furioso. Mientras cambiaba distraído los botes de sitio y ordenaba el escaparate, miraba a los de enfrente y soltaba por su boca de todo menos palabras bonitas. Que qué se les había perdido allí. Que si no tenían otro lugar para montar el chiringuito. Que iba a ser un

chiringuito de mala muerte que espantaría a sus clientes de toda la vida. Todo esto y más, mientras la vista de Gordon iba desde su padre al escaparate de enfrente. Allí vio a una pareja joven —moreno él y morena ella— que, muy concentrados, limpiaban los cristales, como si buscaran a un ser diminuto escalando pared arriba.

—Pues están dejando los cristales muy limpios —se atrevió a decir Gordon, pero ya no dijo más, porque la mirada del padre lo invitaba a irse ya, pero lo que se dice ya.

Cuando llegó al instituto, Braulio y Josemi lo estaban esperando en la puerta, como siempre, apurando los últimos segundos de libertad antes de entrar a clase.

—Bueno, qué, ¿estás nervioso? —le dijo Braulio.

—¿Yo? ¿Por qué? —Gordon era parco en palabras.


Ultramarinos

—Venga, tío, no te hagas el duro —le contestó Josemi—. Si llevas hablando de esto diez días. Estás nervioso perdido, está claro.

—Tú qué sabrás cómo estoy yo —le contestó Gordon.

—Bueno, vale, conocer a tu ídolo del League of Legends[1] es algo que ocurre todos los días. Nos dejarás ir contigo a la cita, ¿no?

—Bueno, si queréis… Pero sin molestar, ¿eh? —dijo Gordon, y así dio por terminada la conversación—. Venga, vamos para clase.

Cuando se está nervioso (o emocionado), lo más probable es que: uno, te pases el rato moviendo la pierna como si te hubieran enchufado con un cable a la corriente. Dos, que te dediques

1 El League of Legends (comúnmente llamado LoL) es un juego de ordenador en el que dos equipos se enfrentan para destruir el Nexo de los contrarios.

a fastidiar a todo el que tienes a tu alrededor. Tres, que te dé por rellenar de dibujos el espacio en blanco de los libros y los cuadernos. A Gordon le dio por esto último. Y se pasó todo el día con las narices pegadas al papel, imaginando el encuentro con su ídolo. Y también dibujando corazones y otras tonterías por el estilo, como cientos de «Yami» de todas las formas y tamaños (Yami YAMI *Yami YAMI* **Yami YAMI**, etc.), porque la verdad es que estaba enamorado. No hacía más que darle vueltas a la cabeza, buscando la forma de acercarse a ella. Estaba claro que se había fijado en él. Vamos, estaba segurísimo. Pero no había manera de hablar más de dos palabras con ella, parecía que estaba blindada.

A la salida del instituto, mientras caminaba en dirección a la tienda de su padre, imaginaba cómo sería Malcom: ese era el nombre de su jugador favorito del LoL, al que iba a conocer esa tarde y contra el que llevaba jugando dos años sin ganarle una

sola partida. Lo había dibujado en su mente igual que el Clark Kent que se transformaba en Superman. No sabía por qué, pero alguien que jugara tan bien al LoL debía de ser una máquina, como Clark. Gordon tenía preparado en su mochila el guante rojo que habían acordado llevar cada uno, para reconocerse sin problema. Habían jugado un montón de veces, pero nunca se habían visto cara a cara. Iba a ser emocionante.

Cuando llegó a la tienda, su padre hablaba acalorado con una clienta:

—No se preocupe, señora Mercedes. No permitiremos que los de fuera nos colonicen. ¡Faltaría más!

Gordon entró dentro del mostrador y dio un beso a su padre.

—Cómo estás, hijo.



—Bien, papá. Te veo cabreado. ¿Cómo van los de enfrente?

—¡Adiós, señora Mercedes! Pues ya los ves. No hacen más que trabajar, pero van demasiado rápido, no creo que sean capaces de montar un negocio como dios manda.

—¿Y por qué no?

—Deja de hacer preguntas, anda, y tráeme esas cajas de ahí abajo.

Gordon estuvo todo ese rato abriendo cajas y colocando mercancía en los estantes. Mientras, no dejaba de observar curioso a los de enfrente. De vez en cuando parecían decirse cosas cómplices. Y sonreían, sonreían cada dos por tres, y habían pintado las paredes de color mora clarito.

Cuando llevaba allí un buen rato, sucedió algo increíble: el padre de Gordon le pide que compruebe que hay ocho cajas de flan chino mandarín en la estantería (siempre tiene que haber ocho unidades de todo en las estanterías). Solo hay siete. Se lo dice a su padre. Su padre le contesta que reponga una caja. Gordon obedece y, mientras lleva la caja de flan chino mandarín a la estantería, algo le llama la atención en la tienda de enfrente: ha entrado alguien. Gordon mira. ¡Ostras! Respira hondo y disimula bajando la vista hacia sus pies. Vuelve a mirar. Se queda paralizado. Hace el gesto de esconderse para que no le vean que está fisgando. Pero es que tiene que comprobar algo muy importante. Acerca la nariz al escaparate y, cuando lo comprueba, zas, su corazón empieza a palpitar… o, mejor dicho, a rugir como una camioneta a punto de arrancar en un semáforo. Os imaginaréis quién pone en funcionamiento el corazón de Gordon. Sí, estáis en lo cierto. No podía ser otra persona que Yamilet, que ha entrado a la tienda, ha besado a la pareja, ha hablado unos

minutos con ellos, ha salido con la mochila al hombro y, como un felino, ha desaparecido detrás de una esquina.

—Papá.

—Qué.

—Me voy. Me están esperando Braulio y Josemi. Esta noche nos vemos, ¿vale? —dijo Gordon, que ya había cogido el abrigo y la mochila y estaba abriendo la puerta a toda prisa.

—¿Pero ya te vas, así, de repente? ¿Adónde vais?

—Nada, por ahí a dar una vuelta —le dijo, ya desde afuera.

—Hace frío. Abrígate —le contestó el padre, pero Gordon ya no podía escucharlo, porque estaba dando la vuelta a la esquina siguiendo los pasos de la chica. Pero nada, ni rastro de Yamilet. «Maldita sea», se dijo.

El encuentro

La hora y el lugar de la cita estaban fijados desde hacía una semana. La plaza de la Carolina a las siete de la tarde y en el tercer banco empezando por la derecha según se entra por el callejón. Como Clark Kent. Así se imaginaba a Malcom. Gordon y Malcom, Malcom y Gordon. Menuda pareja. Menuda pareja y menudo susto el que se llevaron él y sus amigos cuando vieron allí, en el tercer banco empezando por la derecha a... No os lo vais a creer. Allí, en el banco en cuestión estaba… ¡la mismísima Yamilet que hacía palpitar el corazón de Gordon! Y jugueteaba entre sus manos con un guante rojo.

Al darse cuenta de que su admirado Malcom era Yamilet, Gordon tuvo la siguiente reacción: se lleva las manos a la cabeza, dice todo el rato «no puede ser, no puede ser, esto es increíble», se restriega los ojos por si acaso ha visto visiones, pero no, no ha visto visiones sino que la chica en cuestión está ahí sentada y, al

parecer, esperándolo a él. Josemi y Braulio tuvieron una reacción más «normal»: se retuercen de risa detrás de un árbol (escena típica de un cómic de Mortadelo y Filemón cuando está a punto de caer un ovni sobre sus cabezas). Pero Josemi y Braulio tienen que parar de reír y poner un poco de orden.

—¿A qué esperas? ¿Es que no vas a acercarte a hablar con ella? —le dijo Josemi.

—Yo no voy. Que no, que no voy. Qué va a pensar de mí. Yo no sabía… Joer, qué marrón.

—No seas panoli. ¿Vas a desperdiciar esta oportunidad? —le animó Braulio, aunque sin mucho éxito.

—¿Pero cómo me voy a presentar ahora frente a ella? Si me ha ganado todas las veces al LoL. No puedo hacer el ridículo de esa manera. ¿Es que no había más personas en el mundo y me ha tenido que tocar ella?



—Está claro, eres un panoli. Así que, perdona que te diga, pero, si no vas tú, voy yo. A mí también me gusta esta chica, vaya si me gusta… Está mazo buena. No te preocupes, que voy yo en tu lugar —le dijo Josemi en plan chuleta.

Grrrr, eso le puso a cien a Gordon. Y, en cuestión de segundos, como Clark Kent, le mandó parar y se fue hacia ella.

Ya no podía echarse atrás. Sus amigos lo observaban a sus espaldas, y tenía ahí delante a la chica de sus sueños. Cómo explicar lo que estaba sintiendo en esos momentos. Valdría compararlo con un globo hinchado con forma de persona que se va desinflando centímetro cúbico a centímetro cúbico a medida que se va acercando a ella. Pues igual. Pero, guau, Gordon pensó que de cerca era todavía más guapa. Al llegar frente a ella, no tuvo más remedio que decir algo.

—Ah, eres tú.

—¡Hola! ¿Gordon?

—Sí. ¿Malcom?

—Sí.

Bueno, hechas las presentaciones, es preferible dejarlos a solas en este primer encuentro. Pero no está de más decir que se gustaron, que no se imaginaban ni por asomo quién era el otro, y que sin duda Gordon se llevó la sorpresa más grande: tenía delante a la mejor jugadora de LoL que había conocido, y además era la chica que le gustaba. ¿Qué más podía pedir? Cuando ella le sonrió, la vergüenza se esfumó y empezó a hincharse centímetro cúbico a centímetro cúbico hasta convertirse en la persona que era. Las piezas del puzzle habían encajado y había empezado una bonita historia de amor… Bonita, sí, pero llena de problemas.

Las casualidades

Cuando Gordon abrió el ojo al día siguiente, no tenía ninguna gana de levantarse. Prefería quedarse ahí, engullido por el edredón, y volver a repasar las imágenes de lo que había sucedido el día anterior. Era increíble la casualidad de que Yamilet, por la que estaba colado, fuera una campeona en el LoL. ¡Eso hacía que le gustara más todavía! Él no era malo jugando, qué va, era bastante bueno, pero lo de Yami era espectacular. Gordon sacó los brazos y los estiró satisfecho. Se la imaginó sentada enfrente del ordenador, comiendo un bocadillo y bebiendo un zumo de mora mientras preparaba la estrategia perfecta para la jugada que iba a comenzar. Cómo le gustaría sentarse a su lado y observar cómo manejaba a Ahri, a Akali, a Amumu… Los personajes del LoL en los que se convertía cada vez que jugaba. Se vino arriba y empezó a dar espadazos al aire a diestro y siniestro… hasta que su móvil rompió la magia de momento. Era su padre. Que qué le había pasado, que iba a llegar tarde al instituto. Miró el reloj y sí, efectivamente, era tardísimo. «Sí, papá, estoy bien, es que me he

dormido. Me voy ya para el instituto. Vale, sí, me doy prisa». Pero cuando colgó no movió ni un solo músculo para salir de la cama. Porque la voz de su padre le recordó la verdadera situación: él=la tienda de su padre//Yamilet=la tienda de enfrente. Estas cuatro esquinas no podían encajar. O… al menos no de momento.

Os podréis imaginar que sus amigos le estaban esperando en el instituto como perrillos sabuesos. Pero, como entró tarde a clase, tuvieron que esperar al recreo para hablar con él. Se sentaron en el banco de siempre.

—Bueno, tío, estarás contento, ¿no? —le soltó Josemi, encaramado al respaldo.

—Pues no mucho. Tengo un problema —le contestó Gordon, con la vista perdida en los cordones de sus zapatillas.

—¿Llamas problema a tener a tiro a la chica que te gusta? ¡Y que encima juega de vicio al LoL? ¿Y que además está buenísima?! —le soltó Braulio.

Gordon tardó unos segundos en contestar, porque lo cierto es que veía bastante negro el futuro con Yamilet.

—No os lo vais a creer. Pero ayer se dieron dos casualidades. Maldita sea. Una es la que ya sabéis, y otra es que…

—Venga, suéltalo ya. —Josemi estaba impaciente.

—Pues que Yamilet es hija o hermana o prima o yo qué sé de los de la tienda de enfrente. Y mi padre odia a los extranjeros. En particular a «esos» extranjeros, porque dice que van a abrir un negocio igual que el suyo y que le van a espantar a sus clientes de toda la vida. ¿Cómo voy a seguir viendo a Yamilet? No puedo hacerle eso a mi padre.

—¿Estás seguro de que es una tienda igual que la de tu padre? —le preguntó Braulio.

—Tío, ya no estoy seguro de nada.

El verdadero problema

Gordon y Yamilet empezaron a verse todas las tardes en la plaza. Lo que comenzó siendo un encuentro casual acabó como suele pasar cuando dos personas se gustan: que empezaron a salir. A la segunda semana, ya no podían estar el uno sin el otro. Por otra parte, Gordon seguía yendo todos los días a la tienda de su padre, pero entraba rápido, se atrincheraba detrás del mostrador, por si acaso lo veía Yamilet, y salía de allí echando virutas en plan ladrón que no quiere que le pille la policía. No quería ni imaginar lo que diría su padre si se enterara de que estaba saliendo con ella.

Mientras, aquel local semi vacío se había convertido en una tienda en toda regla: «La costeñita», lucía un cartel encima del escaparate. Durante este tiempo, la pareja había arreglado el local, y había llenado las estanterías de productos. Las cajas, los botes

y las bolsas se dejaban ver apenas a través de unos cristales requetelimpios. Y habían colocado un cartel que anunciaba una fiesta de inauguración el próximo domingo. Vamos, que el negocio estaba en marcha.

Y de muy mal humor estaba precisamente Paco aquella tarde. Cuando llegó Gordon a la tienda, vio a su padre cabizbajo, sentado en una silla y con el teléfono en la mano.

—Pero qué te pasa, papá.

—¡¿No lo ves?! —dijo dando primero un puñetazo en el mostrador y señalando después hacia la tienda de enfrente—. ¡Esa! Esa va a ser mi ruina. Es una tienda de alimentación, y la inauguran este domingo. ¿No te das cuenta de que este es nuestro sustento y que no puedo permitir que nadie me lo robe? ¿Cómo voy a mantenerte si deja de funcionar mi negocio?

—Papá, eres un exagerado.

—Sí, sí, exagerado. ¿Qué te parece si te cuento que me acaban de llamar del banco para decirme que no me conceden todo el préstamo que solicité para pagar los cuatro mil euros que debo a los proveedores?

—¿Cómo que no te conceden todo el préstamo?

—Pues que solo me dan tres mil cuatrocientos.

—O sea, que te faltan seiscientos.

—Así es, hijo. No sé de dónde voy a sacar ese dinero. Y tengo hasta el lunes para conseguirlo. Todo se ha vuelto en contra de mí —dijo Paco mientras se levantaba de la silla con desgana y se peinaba el pelo hacia atrás, como cogiendo fuerzas.

En ese momento, horror, se abre la puerta y aparece la chica de la tienda de enfrente. Gordon la reconoce enseguida porque la ha visto muchas veces a través del escaparate. El padre levanta la cabeza y Gordon se quiere meter dentro de aquel bote de mayonesa mismo. Pero no solo eso. Es que detrás entra, sí, la que os estáis imaginando: Yamilet.

—¡Gordon! Qué haces tú aquí —le dice, toda pizpireta.

Gordon quisiera desinflarse de nuevo como un globo y convertirse en un saltamontes de juguete, para que nadie le pueda preguntar nada de nada. Pero eso es difícil. Por no decir imposible. Así que ahí delante tenemos la estampa perfecta para que se líe la de san Quintín.

—¿Cómo que Gordon? ¿La conoces, hijo?

Antes de que Gordon pueda pronunciar palabra, Yami se le ha adelantado.

—¿Es su hijo? Encantada, señor. Yo soy amiga de Gordon, y esta es mi hermana mayor, Angélica.

—Mucho gusto, señor —dice Angélica, con una voz… angelical.

—¡Yamilet! Qué sorpresa. Sí, papá, la conozco, somos amigos, bueno, amigos no, nos conocemos, sí, ya sabes, del barrio, bueno, ya sabes, nos vemos por el barrio, así que sí, nos conocemos… —Gordon sabe que está haciendo el ridículo y que, como no pare de decir tonterías, la cosa se va a poner más fea todavía, así que respira hondo, mira a Yami, que lo mira a él, cómo explicarlo, algo confusa y…—. Sí, papá, somos amigos.

—Encantadas, señor. No queremos molestarlo más —vuelve a decir la hermana, y, menos mal, porque Paco está a punto

de soltar una palabra fea por la boca—. Veníamos a invitarlo a nuestra fiesta de inauguración este próximo domingo. Será usted bienvenido.

Como Paco no contesta ni que sí ni que no, las hermanas, con la misma agilidad felina con la que han entrado, se dan media vuelta y se van por donde han venido. Aunque Yamilet aún tiene tiempo para girarse y guiñarle el ojo a Gordon, cosa que lo deja totalmente noqueado.

Mientras, Paco, que no ha soltado prenda, lo está mirando con cara de muy pocos amigos.

—Papá, no te enfades. Seguro que no es tan chungo como te imaginas. Esta gente son buenas personas, no tienen nada malo. Ya ves que han venido en son de paz.

—¡Cállate! Hijo, no tienes ni idea de lo que supone sacarte a ti adelante. Yo solo, sin nadie que me ayude. No puedo consentir que encima esos de enfrente se rían de mí a la cara.

—Pero, papá…

—No hay peros que valgan. Olvídate de esa chica y no se hable más.

Gordon no tiene más remedio que irse de allí y dejar a su padre enredado en oscuros pensamientos. Con un caminar lento y pesado, se dirige hacia la plaza, como todas las tardes, para reunirse con Yamilet. Pero esta vez no va contento. Ni mucho menos. Su padre le ha prohibido verse con Yamilet, y lo ha visto de verdad muy preocupado después de recibir esa maldita llamada del banco. Mientras camina hacia allí, no hace más que darle vueltas a sus palabras. Lo ha criado él solo, y tiene miedo de que ese negocio le quite los clientes que se ha ganado a

lo largo de estos años y después de mucho trabajar. Quizá su padre tiene razón. Y así se lo cuenta a Yamilet, que ya lo está esperando.

—Gordon, piénsalo de otra manera. El negocio de mi hermana no tiene nada que ver con el de tu padre. Nosotros vamos a vender productos de nuestra tierra, que no son los mismos que vende tu padre. Los clientes van a ser distintos. O… —se calla un momento— quizá los mismos.

Gordon ve cómo los ojillos de Yami se encienden y empiezan a brillar de otro modo.

—Tenemos que buscar una estrategia que cambie la visión de tu padre. Hay que conseguir ese dinero antes del lunes.

—Sí, ya, tú todo lo arreglas con la estrategia. Eres buena en el LoL, pero la vida real no es un videojuego.

—Tonto, eso ya lo sé —le dice y acaricia despacio con su dedo la ceja derecha de Gordon, que siente un escalofrío de placer—. Ven, vamos a pensar, que pensando todo se soluciona.

Y allí se quedan los dos, hechos una madeja y hablando bajito, buscando la clave del embrollo en el que están metidos. Gordon se deja llevar por las palabras de Yamilet. Sí, quizá tenga razón y las cosas se solucionan pensando en ellas.



El plan en acción

Gordon y Yamilet entraron en La costeñita por la puerta de atrás. No podían arriesgarse a que su padre los viera. Cuando Gordon puso un pie la tienda, se quedó muy sorprendido: no era como su padre pensaba. Olía diferente, y de las paredes color mora clarito colgaban las estanterías con el género increíblemente bien ordenado. Nada de un local cutre y sucio con los productos amontonados. Nada de eso. Y en las ventanas habían colocado unos visillos blanquísimos que le recordaban al cuartito de estar de su abuela. Se sintió como en casa.

Allí los estaban esperando Angélica (la hermana de Yamilet) y su marido, que enseguida fueron al grano.

—Ya nos ha contado Yamilet el problema económico que tiene tu padre. Y también lo poco que le gustamos —dijo Angélica

con su voz angelical y con un poquito de guasa al decir esto último.

—No queremos traerle problemas, al contrario, queremos que nos vaya bien a todos —añadió su marido muy serio.

Era el turno de Gordon.

—Ya, pero él tiene miedo. ¿Cómo se quita el miedo?

—No lo sé, Gordon. Solo sé que podemos intentar ayudarlo —dijo Angélica—. Nosotros os dejamos el local a vuestra disposición. Confío en mi hermana y sé que a ella se le ocurrirá algo. Ya sabes lo buena que es marcando estrategia…

—Gracias, hermana. Gordon y yo encontraremos la solución —le contestó Yamilet.

Gordon no sabía qué decir…

—No sé qué decir. Solo que…

—No digas nada —dijo Yami—. Vamos, tenemos mucho que hacer.

—Gracias —dijo por fin.

Yamilet y Gordon se pusieron manos a la obra. Dos cabezas pensantes son mucho mejor que una. Y la de Yamilet se puso a funcionar a mil revoluciones por minuto. Gordon ofreció su casa como cuartel general. Allá que se fueron a planificar la estrategia… Juntos. Necesitaban solo un ordenador. A través del LoL conocían a decenas de jugadores, e iban a ser ellos quienes los sacaran del apuro. Se metieron en el foro de LoL, escribieron esto y le dieron a enviar:

«¿Quién quiere ganar a Malcom?

Si quieres batirte cara a cara con Malcom en persona, te esperamos el sábado en La costeñita a partir de las diez de la mañana. Calle Chisdasvinto, número uno. Precio de la entrada: la voluntad».

Solo quedaba esperar a que llegara el sábado. Y el ordenador empezó a recibir un porrón de mensajes interesándose por la convocatoria.

Y llegó el día

El sábado por la mañana, Gordon se presentó en la tienda mucho antes de lo normal para ser sábado. Allí encontró a su padre, serio y con pocas ganas de charla. Pero Gordon sabía que tenía que hablar con él sí o sí.

—Hijo, qué haces aquí tan pronto. Son las diez y nunca vienes antes de las doce.

—Vengo a ayudarte. Qué quieres que haga. ¿Coloco las cajas de la leche?

—No, déjalo. Ya lo hago yo.

—No, papá, déjame a mí.

—¿A qué viene tanta amabilidad, si puede saberse?

—Papá.

—Qué mosca te ha picado. Anda, suelta por esa boca.

—Tengo algo que decirte. Pero no quiero que te enfades.

—Me estás preocupando. ¿Has suspendido algún examen o qué?

—No, no es nada de eso. Es que, mira… hay algo que te quiero decir.

—Hijo, te digo que me estás preocupando.

En ese momento, entró una clienta.

—Hola, Paco. Parece que hay movimiento en la tienda de enfrente. ¿Has visto qué bonita la han dejado? Con sus visillos y todo.

—Sí, Carmen. Digo, no, no la he visto. Ni falta que me hace.

—Pues a mí me gusta. Van a tener éxito. Son unos chicos muy bien educados. Dame una caja de flan chino mandarín. Hoy vienen mis nietos a comer y quiero hacerles un buen postre.

—Aquí tienes, Carmen.

—Gracias, Paco. Tienes mala cara. Alégrate, hombre. Que tengas un buen día.

—Adiós, Carmen. Igualmente.

—¿Ves, papá? No todos piensan igual sobre los extranjeros. Ellos te van a ayudar. Ya verás. Esto es lo que quería contarte.

—Tanto misterio para tan poca cosa. Anda, tráeme las botellas de trinaranjus.

En ese momento, entró otro cliente.

—Buenos días, Paco.

—Buenos días, Ángel.

—Vaya ambientazo hay ahí enfrente. Y menudo local tan bonito tienen. Seguro que vendrán muchos de su tierra a comprar.

—Sí, seguro —dijo Paco, como un autómata.

—Eso será bueno para ti, ¿verdad, Paco? Cuanta más gente, mejor para el negocio.

—Dime qué querías, Ángel, que no tengo ganas de hablar de ese tema.

—Una botella de vino blanco para cocinar, que vienen mis nietos y voy a prepararles unas albóndigas marca de la casa.

—Vaya —dijo Paco, y se sonrió por primera vez—, hoy es el día de los nietos. Que te salgan ricas. Adiós, Ángel.

A medida que fue pasando la mañana, de La costeñita salían y entraban chicos y chicas jóvenes. Paco ni se podía imaginar lo que se estaba cociendo allí dentro. Pero Gordon sí lo sabía. Braulio, Josemi, Yamilet y él lo habían preparado todo la tarde anterior: habían traído cada uno su ordenador y los habían colocado en mesas dispuestas para jugar al LoL. Todos querían ver jugar a Malcom, y menuda sorpresa se llevaron cuando la vieron a ella. Tenerla delante era sin duda un aliciente para el juego.

Gordon, sin embargo, estuvo toda la mañana con su padre.

—Algo te pasa, hijo. ¿Qué haces aquí cuando puedes estar con tus amigos?

—No me pasa nada, papá. Quiero ayudarte.


LA
VOLUNTAD

—Me ayudarías más si me dijeras qué te pasa.

—Nada, papá. Ten paciencia, solo eso.

Gordon quería que el tiempo pasara rápido, quería saber cómo iba la cosa ahí enfrente, pero no podía irse ahora; su padre no estaba precisamente en su mejor momento, y prefería esperar noticias allí, con él.

Y las noticias llegaron. Vaya si llegaron.

A eso de las ocho de la tarde, una voz angelical conocida se coló en la tienda de Paco.

—Don Paco, si da usted su permiso.

Paco levantó la mirada y se quedó petrificado, sin saber qué hacer. Ahí delante tenía a Angélica y a Yamilet con un paquete en las manos. Detrás, sus amigos, Braulio y Josemi. Y cuatro o cinco

curiosos que se habían colado también en la tienda. Por cómo iban vestidos, eran jugadores rezagados que no se animaban a irse todavía.

—Gordon, explícaselo tú —dijo Yami.

Unos segundos de silencio.

—Papá, yo… nosotros, bueno, Yamilet y su familia… quiero decir que… queríamos entre todos ayudarte… No te enfades, papá. Les conté lo del dinero… y… bueno… han querido ayudarnos.

Paco todavía no era capaz de reaccionar. Ni para bien ni para mal.

—Aquí tiene el dinero que necesita para pagar su deuda. Son donativos de un montón de amigos que han querido colaborar —dijo Yamilet mirando muy fijamente a Paco a los ojos.

Por fin, Paco se arrancó a hablar.

—No puedo aceptarlo. Yo…

—Papá, acéptalo —dijo Gordon muy seguro. Y cuando vio que su padre no gritaba ni les echaba fuera de la tienda ni rompía furioso ninguna silla, añadió—. Ya verás como este va a ser el principio de una gran amistad.

Esta frasecita no estaba prevista, y él mismo se sorprendió de la tontería que había dicho, pero que hizo que su padre estallara en una risa entre nerviosa y agradecida. Y, lógicamente, los demás lo siguieron, cómo no. Entre todos habían conseguido recaudar ese dinero explicando a los jugadores la razón de la convocatoria. Y, en fin, que funcionó la buena química y los buenos sentimientos de la gente. Estas cosas suceden a veces y nos suelen poner los pelos de los brazos como la piel de las gallinas. Pero dejémonos de sensiblerías y vayamos a por el final de verdad, al final del cuento.

El final

Los domingos, Gordon y su padre compartían el día, sin madrugones y sin prisas. Había tiempo para desayunar tranquilamente, hacer algo juntos por la mañana, y comer los dos en familia. Ese domingo era sin duda un domingo especial.

Cuando Gordon se despertó y se dio cuenta del día que era, se volvió a acurrucar bajo el edredón, gozando de esos instantes de calor y de silencio. Se le vinieron además las imágenes del día anterior. «Qué pasada —pensó—. Nunca imaginé que pudiera salir bien el plan de Yamilet. Estoy muy orgulloso de ella. Y también de mi padre». En ese momento apareció él por la puerta de su habitación.

—Qué. ¿Ya se ha despertado el bello durmiente? —dijo su padre, y se sentó en el borde de la cama.

—Mmmm. Hola, papá —dijo Gordon mientras se desperezaba.

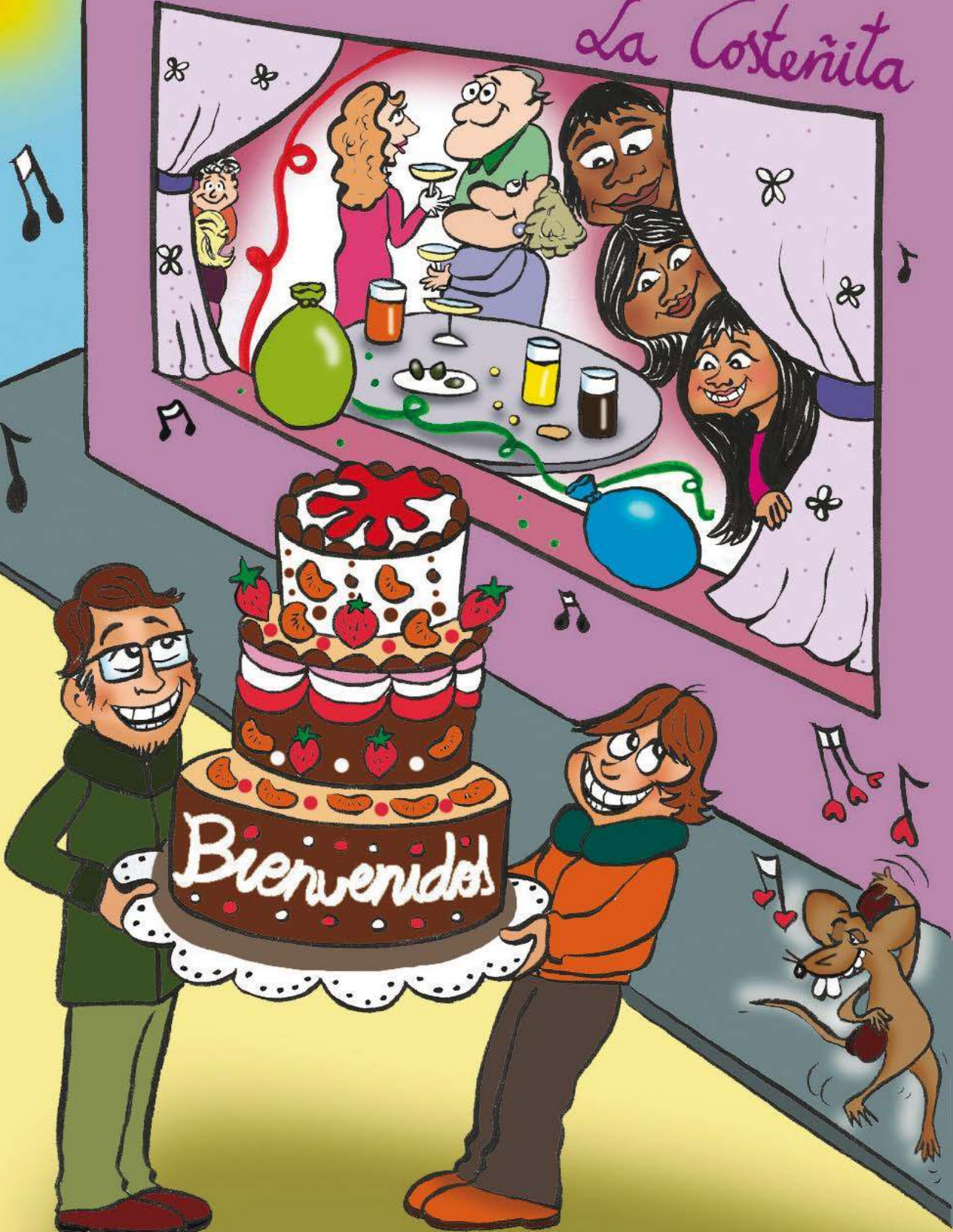
—¿Tienes planes para hoy?

—Bueno… no sé, podríamos ir… ya sabes, hoy es el día de…

—Ven, mira lo que he preparado —dijo Paco levantándose de la cama y dejando a Gordon con la palabra en la boca.

Ya de pie, escuchó trastear a su padre en la cocina, y se dirigió hacia allí. Asomó la cabeza y, al ver lo que había encima de la mesa, casi se cae de culo. Su padre había preparado una magnífica tarta de tres pisos, como las que solía hacer cuando él era pequeño y la casa se llenaba de niños por su cumpleaños. En el primer piso ponía «Bienvenidos», y en el tercero había una especie de guante rojo dibujado a duras penas sobre la nata. Sí, haciendo un poco de esfuerzo, se deducía que era un guante.

—Papa… Yo… No sé qué decir.


La Costeñita
Bienvenidos

—No hace falta que digas nada.

—¿Estás seguro de que quieres ir?

—Venga, deja de decir tonterías y vámonos ya, que no podemos llegar tarde.

Gordon, Paco y la tarta se encaminaron hacia La costeñita, en la calle Chindasvinto, número uno. Hacía un frío de mil demonios. Y se dejaron guiar hasta allí por el ritmo de una música que llegaba juguetona hasta sus oídos y con la que entraban ganas de bailar.

—Bonita música para una inauguración —dijo Paco.

—¿Verdad que sí, papá?

—Sí, hijo, sí. Bonita música…

UN GUANTE ROJO SOBRE EL PASTEL

Cuento de educación para la paz, la tolerancia y la igualdad

Todos los padres y madres queremos que nuestros hijos e hijas vivan en una sociedad basada en el respeto, la tolerancia y la cultura de paz.

Este cuento que presentamos es una herramienta que aporta recursos para trabajar la educación a favor de la paz, la tolerancia y la igualdad, contra la violencia, la xenofobia y el racismo.

A través de la lectura compartida de los cuentos y de las situaciones que viven sus personajes, los niños y niñas podrán aprender jugando la importancia que tienen los valores positivos para participar en una sociedad de paz.

Financiado por:

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

CEAPA

CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DE ALUMNOS
Puerta del Sol, 4 ❙ 6º A ❙ 28013 MADRID ❙ Teléfono 91 701 47 10 ❙ Fax 91 521 73 92
Email: ceapa@ceapa.es ❙ **www.ceapa.es**